





---

La emoción de las cosas





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Ángeles Mastretta**  
La emoción de las cosas

© 2012, Ángeles Mastretta  
Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S.L.  
info@casanovaslynch.com

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para México, España y  
Latinoamérica y sin exclusividad en Puerto Rico.  
Prohibida su venta en los territorios y/o países de los Estados Unidos de América y  
bases militares, Las Islas Filipinas y Canadá.

© 2012, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso  
Colonia Chapultepec Morales  
C.P. 11570 México, D.F.

ISBN 13: 978-607-07-1348-4  
ISBN 10: 607-07-1348-6

Editorial Planeta Colombiana S. A.  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3333-2  
ISBN 10: 958-42-3333-5

Primera reimpresión (Colombia): noviembre de 2012  
Impresión y encuadernación: Colombo Andina de Impresos  
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un  
sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea  
éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso  
previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*Para mis hermanos  
Verónica, Carlos,  
Daniel y Sergio.*

*Con rendido agradecimiento  
a mis blogueros,  
dueños de cuanto viaje  
y cuanta pena,  
sin duda, de cuanta dicha  
cabe en un puerto libre.*





*Solo recuerdo la emoción de las cosas.*

ANTONIO MACHADO



---

## MIS DOS CENIZAS

Todas las luces están prendidas, pero yo me he quedado a ciegas en la casa de mi madre. Es una casa, en mitad del jardín, que es de todos.

Este lugar lo heredó mi padre de su padre, un inmigrante italiano que llegó a México a finales del siglo XIX. Podría haberse perdido en la nada de las deudas si mi madre no se hubiera aferrado a esta tierra que entonces era un paraje remoto a la orilla de la ciudad.

A mi padre le tocó la guerra, y el matrimonio como lo que debió ser la única secuela posible de aquel sueño de horrores: una tregua. La ardua paz que él resumía: «En la iglesia te atan una esponja a la espalda. El presbítero dice que semejante carga habrá que llevarla de por vida con serenidad y alegría. Uno piensa que no habrá nada más fácil. Luego, termina la ceremonia, se abre la puerta de la iglesia y los cónyuges salen para siempre a un aguacero».

A mi madre le tocaron la belleza y la tenacidad. El matrimonio como una decisión que supuso en su mano y que no fue sino la mano del destino, jugando a hacerla creer que ella mandaba en la desmesura de sus emociones.

---

Sucedió que se casaron tras dos años de un noviazgo a tientas. Él quería besarla, ella se preguntaba si podría soportar de por vida que su marido no fuera alto, como su padre.

Hay una foto en que mi madre sonríe y es divina como una diosa: así, con su cara de niña que por fin se hizo al ánimo de no serlo. Él la lleva del brazo y está como de vuelta, como si de verdad fuera posible no contarle nada de lo que hubo detrás. Es el día de su boda, en la mañana, el 11 de diciembre de 1948. También él sonríe, como si pudieran olvidarse el desaliento y las pérdidas. Se ve dichoso. Mi madre tenía entonces la edad que hoy tiene mi hija.

Hemos puesto la foto sobre la chimenea. Hasta hace un año estaba en un baúl, pero Verónica, mi hermana, la encontró justo cuando empezaba a ser urgente. Nuestros padres se quisieron. ¿Qué tanto se quisieron? ¿El suyo fue un romance de época o no estaba la época para romances? Yo jamás los vi besarse en la boca. Lo pienso ahora que me he quedado a solas, con ellos. ¿Por qué no se besaban frente a nosotros?

Mi abuelo materno pensó por meses que esa boda no sería tal. Carlos no era rico, era doce años mayor, y de remate soñaba despierto.

Mi abuela paterna estaba segura de que la familia de mi madre era demasiado liberal, pero sus seguridades no le importaron nunca a nadie. Durante cuatro años había creído que Carlos estaba muerto en Italia mientras aquí se le morían otros dos hijos. Para ella solo Dios mandaba y cualquier cosa que mandara era bien mandada. Quizá por eso nadie le hacía mucho caso.

---

Nadie más que mi madre. Ella no olvidó nunca que cuando le llevó unos mangos en abril, su futura suegra se negó a comerlos porque aún no había llovido.

A mi abuela materna le hubiera fascinado este jardín. De mis abuelos maternos viene el amor a la tierra que en su nieta Verónica se ha vuelto una cruzada. Mi abuelo paterno fue el comprador porque cerca había construido un sistema hidráulico para generar energía con las aguas del río Atoyac. No había alrededor sino campo y días rodando como piedras.

Cuando lo compró, su segundo hijo, mi padre, todavía no estaba perdido en un país en guerra. El abuelo creía en las guerras, motivo para una disputa que nadie quiso tener con él. Ni siquiera mi padre que hubiera tenido mil razones, pues vivió la guerra. Cuando regresó de Italia, no volvió a mencionarla. Ni mi madre, que durmió junto a él veinte años, supo del espanto que atenazó su vida y su imaginación desde entonces y para siempre. Todos creímos que se le había olvidado. Pero ahí estaba el abismo del que nunca hablaba, ahí, en la nostalgia con que se reclinó en la puerta de nuestra casa, a ver cómo sus tres hijos mayores nos íbamos a vivir a la ciudad de México. De golpe.

Nos fuimos los tres. Como si nuestros padres fueran ricos y como si nosotros no supiéramos que no lo eran.

Cinco meses después murió mi padre, Carlos Mastretta Arista. Y hasta hace muy poco, yo, su hija Ángeles, dejé de creer que había sido mi culpa. Ahora lo sé como sé del agua: la gente se muere en cualquier tiempo. Y un hombre de cincuenta y ocho años, la edad que tengo ahora, que llevaba

---

cuarenta fumando, que pasó cinco en un país con guerra y veinte fuera del lugar en que nació, que solo descansaba los domingos, puede morir por eso y porque sí. Aunque nadie se lo esperara, aunque todos lo viéramos irse temprano a trabajar y volver silbando como si regresara de una feria.

Se le veía contento, sobre todo el domingo, cuando escribía un artículo sobre automóviles para el periódico en que publicó durante más de quince años. El diario acabó despidiéndolo por comunista, a él que un instante, no sé qué tan largo, llegó a creer en la ensoñación fascista. Pobre lucero. No cobraba un centavo por escribir, ni se lo hubieran pagado, pero era su fiesta. Quién sabe si se creyó un hombre feliz, pero sabía hacernos reír y al mismo tiempo nos contagió pasión por la melancolía. Un hombre así no debería morir temprano. Pero también la bondad tiene plazo.

Lo enterramos mi madre, mis hermanos y yo. Pasaron los años y no pasó él. Pasó la vida y su memoria se encandiló en la nuestra. Mi madre trabajaba desde antes de perder a mi padre. Enseñaba los primeros pasos de ballet en una pequeña escuela, para pena de su marido que vivía como una vergüenza lo que ahora sería un éxito: tener una mujer que trabaja en algo más que pintarse y quejarse.

Huérfana de marido a los cuarenta y seis años, preciosa, no se volvió a casar ni lo intentó. Cerró esa puerta a lo que veía inhóspito. ¿Un señor que no fuera de la familia, durmiendo en su casa? Todo menos ese lío, decía su actitud de reina clausurada.

Y pasó el tiempo. Los hijos nos fuimos haciendo útiles,

---

dejamos de pesar en su monedero, pero no en su ánimo. En el ánimo los hijos pesan siempre. Uno carga con ellos como con sus sueños: por fortuna.

Dos sueños cargaba ella cuando sus cinco hijos encontramos cauce. Uno, estudiar. Otro, hacer la casa de sus deseos en mitad del jardín que mi padre no vio nunca sino como la fantasía más remota del mundo. De haberlo vendido, quizás habrían mejorado las finanzas, pero mi madre se hubiera muerto entonces y no cuarenta años después. Se hubiera muerto sin haber estudiado la preparatoria a los sesenta y terminado la carrera a los setenta. Se hubiera muerto entonces y no ahora que tampoco quería morir.

Nadie quiere morir, y no por esperada la muerte nos violenta y atenaza menos. Vamos a ella como lo más inusitado. Mi madre estaba muy enferma y tenía cuatro más de ochenta años. Vivió meses en disputa con las debilidades de su cuerpo, empeñada en balbucir que aunque fuera así quería estar un rato más, mojarse con el sol, oír nuestras pláticas, beber su avena y comer cada día el dorado pan nuestro. Respirar.

A un pedazo de su jardín se irán los trozos de arena cenicienta que se volvieron sus ojos claros, su voz, su memoria, su pasión desesperada por la vida y por los hijos de su esposo Carlos, los hijos que nos hemos reunido hoy en la tarde, a pensar bajo qué árbol los pondremos. A los dos, porque luego que mi madre murió, recuperamos también los restos de mi padre y lo hicimos arder, como a ella, hasta que nos devolvieron su destello en granos pequeños.

---

Lo que había de sus huesos, solos bajo la sombra, está ahora en una caja de madera, idéntica a la que encontramos para mi madre. Hemos puesto las dos cajas cerca, sobre el escritorio, bajo la luz, viendo al jardín. Y ahora que se han ido mis hermanos, cada cual a su casa, yo me he quedado aquí, a oscuras.

Esta casa de todos es mi herencia. Tiemblo de saberlo y de pensarlo. Miro las dos pequeñas cajas, pongo una mano en cada una. La de mi padre, se oye raro, me alegra. Ya no había nada suyo sino el recuerdo nuestro, y ahora están ahí esas pequeñas piedras grises diciendo que existió, que hubo tal cosa como un ser vivo detrás del mito enorme que entre todos tejimos tras su muerte. Las de mi madre, en cambio, me derrumban. Hace apenas dos días eran la fiebre y la fe de una mujer que sigue viva en cada planta de su jardín. Y aquí está lo que hay suyo: en una caja muda. La caja de Carlos habla, no deja de decirme tonterías. «Hola, hija, fui feliz. Hola, hija, no te apures, que uno se muere porque ha de morirse. Hola, hija, hicieron bien en traerme a este jardín. Hola, hija, no temas, nada pasa en la nada.»

La caja de mi madre no dice una palabra, pero me hace llorar como si estuviera perdida en un desierto. Como si, además de sufrirla, esta soledad fuera mi culpa. La de mi madre dice: «Ya no estoy, ya eres vieja, ya te toca ser madre de mis hijos, ya no llores así, que no ayudas a nadie, ya ponte a trabajar, ya no me mires. No me mires que aquí no estoy, que ando afuera paseando entre los libros, junto a la mesa, frente a la estufa, bajo los árboles, con los niños, contra todo



---

lo que parezca. No me mires. Quédate con la yo que anduvo viva, que el muerto sea tu padre, que ya él estaba muerto. En esta caja no estoy, llévatela al jardín, tírala, despilfarra. No están aquí mis ojos ni mis manos ni mi terco deseo de estar aquí. Llévatela al jardín y ponla con lo que hay de tu padre, con él que no conoció esta casa ni la extraña, ni sabe que ustedes ya saben que estoy muerta. No me mires. Déjame andar viviendo, sin que interrumpas mi pena con la tuya».

Todas las luces están prendidas, pero yo me he quedado a ciegas en casa de mi madre; una casa, en mitad del jardín, que es de todos. Y es mía. Como la memoria, el desamparo y el viento. No tengo miedo, padre, tengo espanto. No tengo espanto, madre, tengo tu herencia y esta casa y tus perros. Tengo a mis hijos y tengo a mis hermanos con sus hijos. Tengo dos cajas, dos montones de arena, una sola tristeza enardecida.

---

## TRIGONOMETRÍA PARA LA TRISTEZA

Bueno sería poder confiar en que los muertos hacen milagros pasando por un aire que ya no los acaricia. Consolador sentir que hay algo suyo en el vaivén de las cosas diarias que, cuando sucede lo crucial, tuvo que ver con su empeño de mil años en conseguirlo, con su morirse deseándolo, con la influencia dueña de poderes ultraterrenos que debe haber en el aroma de sus cenizas.

Mi madre murió en agosto, hace unos años. Ya lo sé, no es raro, se muere la madre de medio mundo. Y a mi edad, la de casi todo el mundo. Pero no a todos nos entra la tristeza al mismo tiempo, ni es cierto que la pérdida se sienta menos cuando pasan los años. Se hace uno al ánimo. A veces creemos que desde el primer día pero, de repente, a propósito de una enredadera, se nos deshace el valor.

Mi madre tenía los ojos claros y la vida en paz. Mientras ella creció era pequeño el mundo y lo gobernaba una recua de ladrones. Así lo siguieron gobernando, sin más ambición que la de prevalecer, ni más lujo que el de hacerse de lujos, una y otra de las pandillas que se heredaban el poder.

Y ni quien chistara. Mejor así que matándonos, pensaban muchos cuando ella nació en 1924. Y lo seguían pensando

---

en 1934, cuando tenía diez años, y en 1944, cuando tenía veinte, y en 1954, cuando yo cumplí cinco y ella nos peinaba los días de fiesta. También en los primeros sesenta, cuando el mundo, que aún era pequeño aunque en tantos lugares fuera abriéndose, seguía gobernado por los herederos del cacicazgo más íntegro que había conocido Puebla. El de un hombre que cuando nací llevaba muchos años de muerto, pero tenía muchos para seguir vivo. Todavía en 1980, cuando pretendí escribir un libro sobre él, cosa que no hice porque era un trabajo que por todos lados me rebasaba, nadie quería siquiera tocar su nombre en voz alta. Así de temido había sido y seguía siendo casi cuarenta años después de su muerte.

A falta de verdades completas, inventé un personaje que a mi madre le pareció menor comparado con la impronta que había dejado en su mundo, el verdadero. Lo inventé con alguna de las pocas cosas que supe y con muchísimas que imaginé; mi madre creyó siempre, y bien, que la historia real era mejor y que la realidad de entonces fue mucho peor. Ella las había visto todas y en su casa se habían hablado en voz alta mientras por la ciudad pasaban en silencio todos los años transcurridos entre 1934 y 1982. Entonces nació mi hijo y ella se puso a estudiar la preparatoria y luego la universidad. Todo, movida por la certeza de que el mundo no podía ser ni tan quieto ni tan pequeño, de que afuera existía el horror por mucho que en lo privado uno buscara un aire idílico como parecía serlo, durante mi infancia y su juventud, el tiempo en que a ella le temblaban las manos por asuntos que luego la hicieron reír.

---

De tal modo la participación en la cosa pública parecía imposible, el mundo de la familia era el más público de nuestros mundos. Toda la intensidad era hacia adentro. Así que a ella la ponía nerviosa participar en la organización de una fiesta para su madre. La autoridad de mi madre era la suya. Antes que ningún hombre: la voz de mi abuela. Para ella planeaban sus hijas, el trío de mujeres bajo cuya férula crecía la tribu, fiestas en las que cantábamos, bailábamos, decíamos recitaciones.

Éramos veinte chamacos mangoneados por tres hermanas sonrientes a las que rendíamos pleitesía. Mujeres cuyo esfuerzo puesto en la vida pública hubiera podido ser otra fiesta.

Como mi madre era perfecta —lo dijeron siempre mi padre y mi abuela, aunque sus hijos tardamos en saberlo—, la afligía quedar mal. Y temblaba porque las trenzas no tuvieran los tres gajos idénticos, porque temía que se nos fuera a olvidar la canción, porque en la ceremonia pudiera tropezarse una de sus cuatro alumnas de baile, porque se le perdía una peineta para el vestido de sevillana.

Nos disfrazaron de todo. Nada más yo, recuerdo haber tenido, cosidos por ella, entre los cuatro y los diez años, un traje de pastora, uno de princesa, uno de madrileña, uno de primera comunión, uno de ángel y cinco más. Disfrazados con varios atuendos por función salíamos al escenario, que era la sala de mi abuela, como quien sale al Metropolitan en Nueva York. Y mi madre temblaba como nunca tembló George Balanchine.

---

Hablan de ella esas tardes porque entonces eran su deber y ella hasta el último de sus días contó con el deber como un aliado. Cuando se quedó viuda con cinco adolescentes y ni un centavo, pasó de un quehacer a otro con la naturalidad de un pez que al tiempo vive en la laguna que en el mar. Mientras ella estudiaba, los herederos políticos de mi cacique seguían proliferando. Y ella descubrió la vida pública, el mundo fuera de las cuatro paredes familiares. Ahora mismo yo sería incapaz de acercarme a la trigonometría, pero ella se enfrentó a tres años de ese tormento porque le dio la gana, como la gana le daba ordenarse todo tipo de quehaceres. Hizo la tesis en una colonia pobre llamada la Colombres, y ahí cuenta la historia de cuatro mujeres dolidas y sorprendentes bajo el título *Yo lo que quiero es saber*. Cuando me entró la tristeza anduve buscando ese libro que me dio con menos donaire del que puso en darme su recetario de cocina, y que yo guardé tan bien que ha desaparecido en mi precaria biblioteca. Por fortuna, mi hermana lo encontró en la suya y me lo entregó junto con la sonrisa que anda trayendo porque ha conseguido cambiar un pedacito de la vida pública en nuestra ciudad.

No hay que estar muy seguros de que los muertos ignoren la pena de los vivos. Yo ahora me voy a permitir la ensoñación de que mi madre algo hizo, desde ninguna parte, para ayudarme a recordar esto que aquí he contado de tal modo que olvidé la tristeza.